

Cereales

Pasado, presente
y futuro

Texto: **Martín Martínez**. Sección de Estadística

La primera evidencia del aprovechamiento de los cereales por el hombre en La Rioja se encuentra en los molinos neolíticos hallados en Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros) de aproximadamente 5.000 años de antigüedad. Desde entonces hasta hoy, su cultivo ha atravesado por un largo trayecto en el que sus transformaciones más palpables han sucedido de forma casi vertiginosa en menos de 50 años.

Su papel insustituible en la alimentación humana ha hecho siempre de ellos si no el cultivo más importante, sí el más extenso; y es quizá el único que históricamente se ha cultivado en todas las comarcas de La Rioja.

La agricultura actual, que debe tener en cuenta conceptos como “sostenibilidad”, “condicionalidad” o “globalización” obliga a este cultivo a afrontar un futuro en el que la historia e, indudablemente, su presente tienen mucho que decir.

El cereal ocupa en La Rioja cuatro de cada diez hectáreas cultivadas. / *Raquel Cano*

Pasado

Los afortunadamente cada vez más trabajos publicados acerca de la historia de La Rioja y su evolución económica nos permiten conocer mejor aspectos, algunas veces tomados como secundarios, como por ejemplo el del cultivo de los cereales, que resultan de gran valor a la hora de examinar de una forma más objetiva su situación actual y su posible futuro.

Desde el comienzo de la agricultura en lugares próximos a las sierras riojanas, constatados gracias a los abundantes hallazgos arqueológicos de esas zonas, hasta los cartularios del s. xi de los cenobios y monasterios medievales, no existen fuentes escritas que nos permitan conocer detalles acerca de la importancia o distribución de los cereales en La Rioja. Gracias a estos códices medievales sabemos hoy que los cereales, siempre en competencia con el viñedo, son desde entonces su cultivo más importante y, además, que la distribución en su territorio, en cuanto que las poblaciones más citadas en ellos pertenecen a los valles del Oja y del Najerilla, coincide de forma más que evidente con las zonas en las que en la actualidad este cultivo sigue siendo mayoritario.

Esta situación se mantendría aparentemente invariable hasta que, a partir del s. xvi, el auge que va adquiriendo la producción de vino en las zonas de valle y la gran importancia del comercio de la lana en las de sierra van haciendo que las comarcas de La Rioja se especialicen en sus producciones agrarias. Las zonas intermedias entre el valle del Ebro y las montañas del sur, que no se beneficiaban directamente ni del cultivo de la vid ni de los grandes rebaños, son las que mayoritariamente dedicarán sus tierras a los cereales. A pesar de que, como vemos, es el vino el que obliga a la agricultura riojana a diversificarse, siguen siendo los cereales su cultivo más extenso.

Las variedades tradicionales, que suponemos cultivadas en nuestros campos desde milenios atrás, no dejarían paso a otras nuevas hasta finales del s. xix, cuando los por entonces incipientes avances en la mecanización y la ferti-

Cebada y trigo modulan el campo en exclusiva en la zona de los Obarenes. / Ch. Díez

lización permiten que los agricultores consigan aumentar sus cosechas gracias al incremento de los rendimientos. Para aprovechar esta mayor rentabilidad económica, los agricultores necesitaban nuevas variedades, sobre todo de trigo, que superaran los problemas aparentemente insalvables que invalidaban a las autóctonas. Las primeras, obtenidas en instituciones oficiales con tal fin, no llegarían a La Rioja hasta finales del s. xix, destacando la introducción del “trigo mocho navarro” o “trigo mocho de Arróniz”, de gran rusticidad y calidad panadera a pesar de sus no muy buenos rendimientos.

Es en este momento, a finales del siglo xix, cuando el comercio del vino cobra un nuevo impulso, gracias al cual retrocede, otra vez en beneficio del viñedo, la superficie cultivada de cereales en La Rioja. La llegada de este nuevo tiempo, en el que los intercambios comerciales van cobrando una gran pujanza, pone en evidencia de inmediato los bajos rendimientos y la escasa rentabilidad de su cultivo, no sólo en La Rioja, también en el resto del país, frente a otras zonas productoras de América y del Este de Europa.

El siglo xx, muy marcado en su primera mitad por el impacto negativo que en su economía global tuvieron sus dos guerras mundiales, vería también en su segunda mitad el advenimiento de la denominada “revolución verde”, cuando a partir de la década de los cincuenta los agricultores de todo el mundo comienzan a disponer de variedades más productivas, capaces de aprovechar los

beneficios de la fertilización química. Además, también pueden controlar eficazmente el azote de plagas y malas hierbas mediante productos químicos específicos y, por supuesto, en un cultivo como éste, extensivo, comienzan a disponer de la mecanización como un arma eficaz con la que aumentar los rendimientos de su trabajo. En La Rioja, la llegada de estos avances hace que, a pesar de las siempre presentes limitaciones ecológicas, los rendimientos se multipliquen por dos en pocos años, y que los cereales vivan otra vez un periodo de cierta expansión. A escala mundial, el aumento de las tierras de cultivo y de los rendimientos logra, como nunca antes, un gran crecimiento de la producción de cereales, que incluso llega a superar a las necesidades de una población mundial también en expansión.

A finales del pasado siglo, el viñedo vive una nueva era de crecimiento en La Rioja, a la vez que los cereales se ven obligados a integrarse en un nuevo escenario agrícola como es el regido por la Comunidad Económica Europea, en el que el control de los mercados agrarios se efectúa bajo medidas principalmente proteccionistas, produciendo una intensificación de su cultivo y un constante aumento de sus producciones. A causa de ello, se generaron una gran cantidad de excedentes, cuya primera consecuencia fue la de mantener unas cotizaciones de mercado bajas, que en La Rioja —donde los rendimientos medios son escasos— rebajaron su rentabilidad.

Gráfico 1. Evolución del rendimiento medio del trigo en La Rioja (1998-2008)

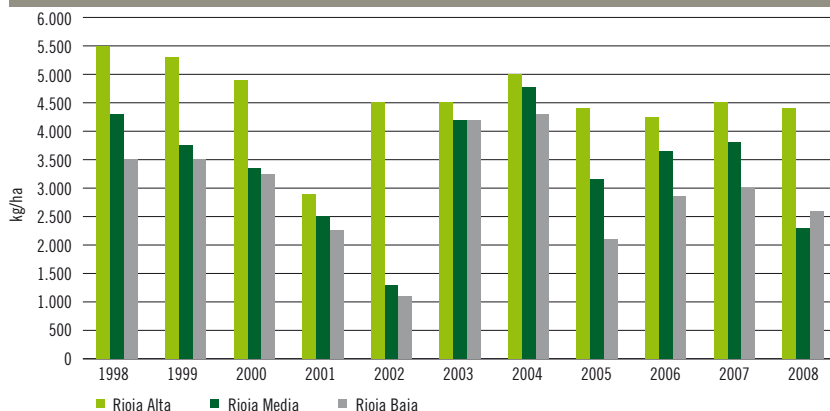


Gráfico 2. Evolución del rendimiento medio de la cebada en La Rioja (1998-2008)

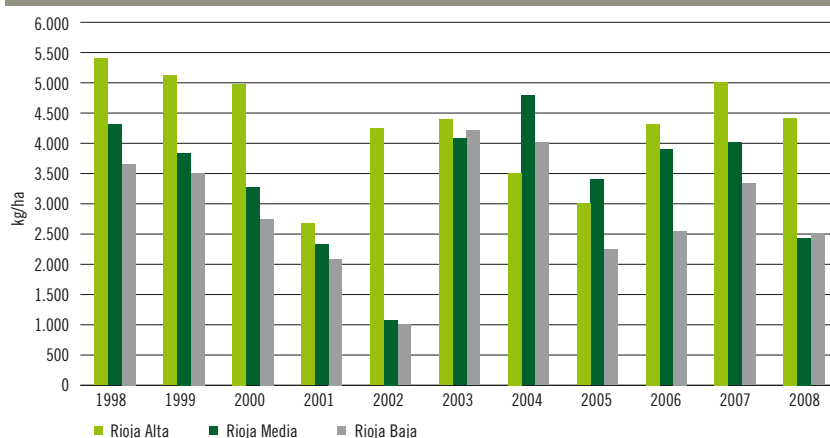
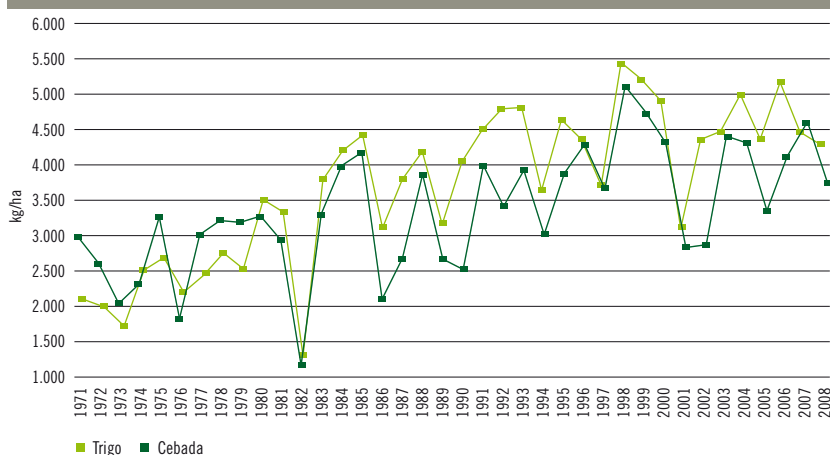


Gráfico 3. Rendimiento de trigo y cebada (kg/ha)



La llegada del siglo **xxi** plantea nuevos retos a los labradores riojanos. Conceptos nuevos como ecocondicionalidad, bioenergía y biotecnología van a marcar el paso a una producción que, como la historia nos enseña, podrá ocupar mayor o menor extensión, será o no el cultivo principal, pero siempre estará presente en nuestros campos.

Presente

A grandes rasgos, el cultivo de los cereales en La Rioja disfruta y padece de las mismas ventajas e inconvenientes presentes en el resto del país, aunque sus especiales características climáticas y geográficas han aportado a su cultivo algunos rasgos diferenciadores que merece la pena contemplar. Así,

mientras en España el rendimiento medio es aproximadamente el 50% del conseguido como media en la UE, en La Rioja este valor se eleva a casi un 75%. Una vez que el desarrollo tecnológico del sector agrícola español se ha acercado al del resto de los países comunitarios, de la existencia de estos bajos rendimientos debe responsabilizarse a una meteorología cambiante y muy estrechamente ligada a las amplias variaciones de los resultados finales de las cosechas (gráficos 1, 2 y 3). En términos relativos, la superficie ocupada por los cereales con respecto a la Superficie Agraria Útil es mayor en La Rioja (un 40%) que en España, en donde ocupan la cuarta parte de la superficie cultivada aproximadamente.

Con respecto a su participación económica en el valor total de la producción agraria, observamos cómo a escala nacional los cereales representan el 10% del total, mientras que en La Rioja esta participación se reduce a apenas un 5%: 29,8 millones de euros (gráfico 4).

Otro aspecto diferenciador es el de la distribución de las especies cultivadas, ya que mientras en España es la cebada la mayoritaria, en La Rioja es el trigo el que disfruta de un papel predominante desde mediados de la década de los noventa (gráfico 5 y 6). De las 56.600 hectáreas cultivadas de cereal, casi 33.000 son de trigo, algo más de 22.000 de cebada, en torno a 900 de maíz y rondan las 200 hectáreas la avena, el centeno y el triticale.

Estas especiales circunstancias han ido, en los últimos años, asentando el cultivo en las zonas más propicias de la Comunidad, especialmente en Rioja Alta, en donde actualmente se cultiva aproximadamente el 72% de la superficie total regional, casi 40.000 hectáreas, y el resto se distribuye: un 21% en Rioja Media y un 7% en Rioja Baja (cuadro 1).

Aproximadamente 8 de cada 10 hectáreas se cultivan en secano, circunstancia que es similar en La Rioja y en el resto del país. El cultivo tradicional de los cereales en secano debe considerarse, tal y como se indica en los nume-

Gráfico 5. Evolución de la superficie de trigo y cebada en La Rioja (1990-2009)

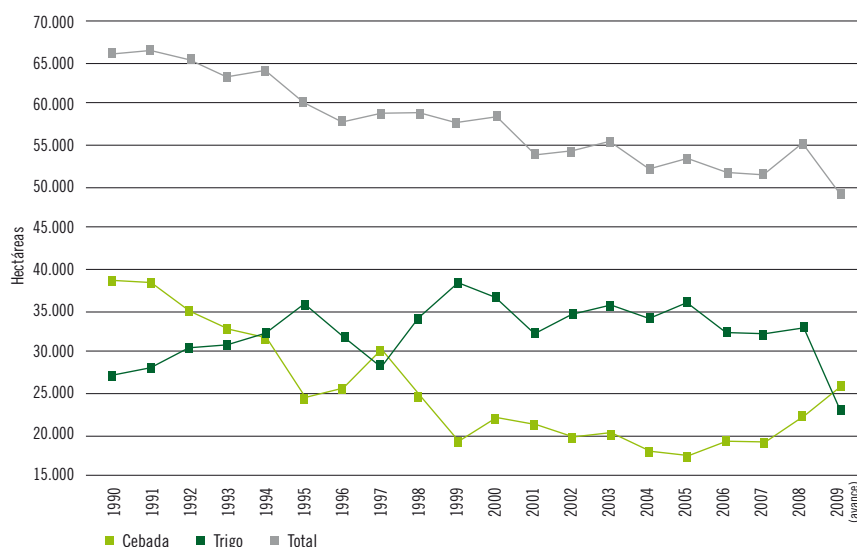
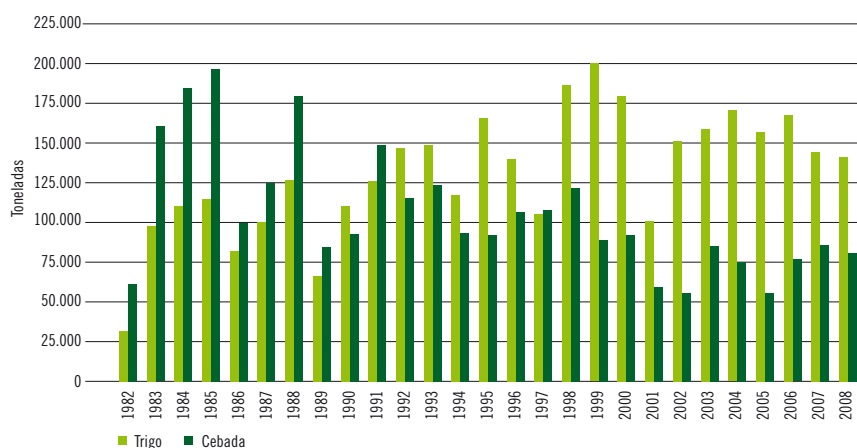


Gráfico 6. Producción de trigo y cebada en La Rioja (1982-2008)



Cuadro 1. Superficie de cereal por comarcas en 2008 (ha)

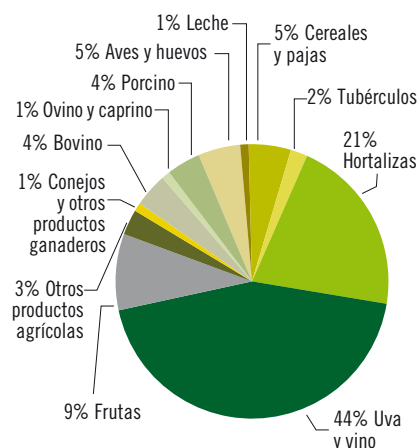
	Rioja Alta	Rioja Media	Rioja Baja	Sierras	Total
Trigo	28.896	2.785	994	194	32.869
Cebada	10.542	8.619	2.409	713	22.283
Avena	62	77	48	2	189
Centeno	67	5	127	7	206
Triticale	186	0	11	0	197
Maíz	157	178	558	0	893
Total	39.910	11.664	4.147	916	56.637

rosos trabajos que sobre él se han efectuado en los últimos años en España, como un sistema de cultivo que propicia unas elevadas tasas de erosión, la pérdida de materia orgánica y la lixiviación de elementos fertilizantes susceptibles de contaminar los acuíferos. Esto, unido a la pérdida de la diversidad biológica, expone irremediablemente a los suelos

a un riesgo muy elevado de desertificación, que exige nuevos planteamientos culturales si se quiere asegurar la perdurabilidad de un bien no renovable como es el del suelo cultivable.

Los intentos de desarrollar nuevos enfoques en este cultivo chocan por desgracia contra su escasa rentabilidad económica, que siempre supone un freno

Gráfico 4. Producción final agrícola y ganadera (2006)



muy eficaz a la hora de trasladar novedades tecnológicas a los cultivos de secano. A pesar de ello, resulta imprescindible examinar algunos aspectos en el cultivo de los cereales para determinar, tras el conocimiento de su grado de participación en el balance económico global del cultivo, sus posibilidades de adaptación o sustitución, permitiéndonos además que, al menos desde un punto de vista teórico, nos planteemos la posibilidad no de lograr mayores cosechas, sino de hacerlo de una manera más rentable.

Fertilidad del suelo

Podríamos definir, desde un punto de vista agrario, la fertilidad de un suelo como la capacidad que posee para generar cosechas aprovechables por el hombre. Esta potencialidad productiva depende directamente de factores intrínsecos, como son el contenido en materia orgánica, la presencia de elementos tóxicos o la textura; y de otros ajenos a él y por tanto casi imposibles de controlar, como es, por ejemplo, el clima. Incrementar la fertilidad de un suelo significa, pues, elevar la posibilidad de aumentar nuestras cosechas y, por tanto, todas aquellas medidas culturales que se tomen para aumentarla significarán un beneficio económico, aunque a veces se logre a un largo plazo.

El primer aspecto sobre el que vamos a incidir es la necesidad de aumentar el escaso contenido en materia orgánica de los suelos de secano. Para ello se pueden contemplar dos líneas de actuación principales: una, la restitución de los residuos de cultivo y, otra, la disminución del laboreo. Con respecto a la primera, debemos tener en cuenta

que el incremento de la materia orgánica en los suelos de secano, basado en la restitución de la paja, es un proceso lento, estimándose en 20 años el plazo necesario para pasar de un 0,8%, habitual en los suelos de secano, al 1,6% deseable.

Este objetivo teórico choca desde un primer momento con las prácticas habituales en La Rioja, ya que la paja de los cereales es habitualmente recogida, en función de cada campaña y zona, entre un 60 y un 90% de la superficie total cultivada. Para que se lograra reducir la cantidad de la paja empacada y extraída de nuestros campos sería necesario, primero, una mayor mentalización de los agricultores, que, al margen de renunciar a los ingresos que reciben por su venta, se verían obligados a efectuar un manejo más cuidadoso de este residuo, comenzando por una necesaria adaptación de las cosechadoras. Otro factor que añade más desinterés a los labradores a la hora de incorporar la paja en los suelos es el régimen de tenencia de sus tierras, ya que el de arrendamiento, en el caso concreto de Rioja Alta, se eleva hasta aproximadamente el 75% de su superficie total. Es muy comprensible entonces que los cultivadores riojanos la desestimen, ya que esta respuesta de los suelos a la incorporación de la paja es muy lenta.

Otro método de enriquecimiento de las tierras de cultivo en materia orgánica son las enmiendas orgánicas, en especial la adición de estiércol. Su nula

utilización en estos cultivos, al margen de la agricultura ecológica, se debe al elevado coste que presentan su manipulación y distribución, que anulan totalmente su interés bajo una realidad dominada por la baja rentabilidad y los malos resultados económicos.

El segundo método disponible por los agricultores para lograr el objetivo de aumentar la materia orgánica y, por tanto, como ya hemos dicho, la fertilidad de sus suelos, es el de la disminución del laboreo. Además del ahorro en combustible y de horas de trabajo que implica, el primer beneficio palpable en su aplicación es el aumento de materia orgánica en el suelo. Los estudios de Lacasta y Meco en 1996 indican que el simple cambio de la vertedera por el cultivador supone en 12 años pasar del 1 al 1,5% de materia orgánica sin que las cosechas se vean afectadas. En La Rioja, las técnicas de mínimo laboreo y de siembra directa parecen captar año tras año más adeptos. La necesidad de reducir costes, sobre todo bajo una situación coyuntural como la vivida en la siembra pasada, muy afectada por unos precios de la energía elevados, ha ido poco a poco popularizando estas técnicas. La siembra directa se estima que alcanza ya un 40% de la superficie sembrada en Rioja Alta, mientras que en el resto de las comarcas se utilizan en su mayoría técnicas de reducción del laboreo, abandonándose progresivamente, salvo en situaciones muy concretas, el uso antes mayoritario del arado de vertedera.

Rotación de cultivos

El segundo aspecto que vamos a analizar en relación al aumento de rentabilidad de los cereales es el de la rotación de cultivos. Entendemos como rotación de cultivos la secuencia en el tiempo de los mismos cuando se cultivan sobre una misma parcela. Los beneficios de las rotaciones son, entre otros, evitar el agotamiento del terreno, mejorar el aprovechamiento de su contenido hídrico, aumentar la disponibilidad de sus nutrientes y aliviar la presión sobre los cultivos de plagas y enfermedades. Todos ellos actúan en conjunto elevando la fertilidad de los suelos, permitiendo mayores rendimientos y reduciendo los costes de cultivo. En La Rioja, los cultivos más habitualmente utilizados en las rotaciones son las leguminosas guisantes y veza, girasol y, más recientemente, la colza y, por supuesto, la remolacha azucarera y las patatas que, con los cereales, constituyen la rotación clásica en las alternativas de cultivo. Otro aspecto muy beneficioso de la rotación de cultivos es el control de las malas hierbas. Tradicionalmente, al menos hasta la popularización de los herbicidas en la segunda mitad del siglo xx, su control se efectuaba invariablemente mediante la escarda manual y el "año y vez" o barbechado del terreno. Hoy en día, estas prácticas se encuentran arrinconadas casi completamente, haciendo de la rotación una práctica imprescindible, no sólo en condiciones de cultivo ecológico, también en cultivo convencional, en donde la prolifera-

Sólo el 5% de los ingresos agrarios proviene del cereal. / Ch. Díez



Cuadro 2. Costes variables por hectárea de cereal en agricultura convencional

Semillas		Dosis de siembra	Precio de semilla	Gastos de semilla
		200 kg/ha	0,245 €/kg	49 €/ha
Fertilizante		Fertilizante	Precio	Gastos fertilizante
Nitrato amónico cálcico		250 kg	0,343 €/kg	85,75 €/ha
Abonado de fondo (complejo)		500 kg	0,456 €/kg	228,00 €/ha
Total				313,75 €/ha
Fitosanitarios				Gastos fitosanitarios
Herbicidas				60,12 €/ha
Maquinaria alquilada		Horas	Precio hora	Gastos maquinaria
Cosechadora		1,5	33,06 €	49,59 €/ha
Carburante	Horas	Litros/hora	Precio	Gastos carburante
	11	14,25	0,58 €/l	90,915 €/ha
Total de gastos				563,375 €/ha

ción de malas hierbas, cada vez más difíciles de controlar mediante la lucha química, obliga a una secuenciación de cultivos que la limite.

Fertilización química

Hemos dejado para el final, como un último aspecto a analizar, aunque ciertamente muy importante por su relación directa con la fertilidad de los suelos, el de la fertilización química. Al respecto, los diferentes trabajos publicados en España durante los últimos años demuestran que la agricultura de secano, sin aplicación de fertilizantes orgánicos e inorgánicos, produce, por supuesto, rendimientos menores, en torno a un 10 ó 20%, aunque, analizando su impacto real sobre el balance económico, Lacasta y Meco llegan a la conclusión de que los beneficios económicos podrían, como mínimo, duplicarse. Esta aseveración un tanto sorprendente debería analizarse no sólo en base a su efecto directo sobre la economía del cultivo, también debería tenerse en cuenta los efectos beneficiosos que una nutrición mineral adecuada tiene sobre la calidad de la cosecha.

Con respecto a la relación entre abonado mineral y la cantidad de cosecha lograda, debemos indicar que los últimos trabajos que analizan su actuación en los agrosistemas de secano concluyen destacando la relación directa que tiene el contenido de nitrógeno mineral en el suelo con la productividad del mismo. Esto explicaría por qué ha sido precisamente el abonado nitrogenado el que mayor aceptación ha tenido entre los labradores de secano.

Pero, como ya hemos comentado, no debemos olvidar el papel que juega la fertilización, especialmente la nitrogena-

da, en la calidad final del grano, ya que el contenido final de proteína del mismo y, por tanto, su aptitud panadera o su capacidad para transformarse en malta, dependen directamente de este factor.

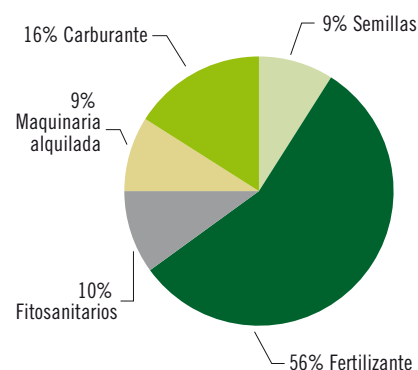
Tras un somero análisis económico y energético, vemos, además, cómo la fertilización química es el componente principal del gasto total del cultivo, lo que indica claramente que la racionalización de su uso debe tener como primer objetivo, al margen de sus evidentes beneficios medioambientales, el mejorar los resultados económicos.

Balance económico

Los análisis económicos de los cultivos pueden realizarse desde muy variados enfoques, lográndose resultados evidentemente diferentes en función de los costes analizados. Por eso, para este análisis, que sólo pretende servir de punto de partida a otras reflexiones más profundas, recurriremos a analizar los denominados costes variables, entre los que se incluyen maquinaria, combustibles, fertilizantes, semillas y fitosanitarios. Consideramos que estos costes son los más interesantes desde la perspectiva del agricultor, ya que permite enfrentarlos directamente al producto bruto, esto es, los ingresos obtenidos por la venta de la cosecha, y poder así cuantificar en una primera instancia el beneficio bruto. Eso sí, siempre teniendo presente que no se toman en consideración ni las subvenciones ni las amortizaciones ni, por supuesto, la mano de obra empleada, cuya valoración a precio de mercado produciría siempre beneficios negativos.

Lo primero que salta a la vista con respecto a estos costes variables es la elevada participación de los fertilizan-

Gráfico 7. Costes variables en cereal (%)



tes, un 56% del total, constituyendo su principal partida la de fondo, con casi un 73% del gasto total de abonado. Esto explicaría cómo durante la siembra de 2008 muchos agricultores, ante una situación de elevados precios en los fertilizantes, renunciaron a su aplicación en fondo. Así, independientemente del resultado final de sus cosechas, han conseguido una reducción de los costes de cultivo de más de un 35% (ver cuadro 2 y gráfico 7).

La segunda partida en orden de importancia es el gasto de carburante, tanto en situaciones de cultivo tradicional como de mínimo laboreo (16%). Para su análisis, resultan esclarecedoras las recomendaciones teóricas de reducción del mismo que subrayan las ventajas de recurrir a labores poco profundas; de menos de 20 cm para la preparación del suelo, de 5 a 10 cm en caso del desherbado mecánico y, por último, del uso de gradas de disco en el caso de ser necesario enterrar la paja. El ahorro energético logrado en la reducción del número y de la profundidad de las labores, según indican los expertos en el tema, no influye de forma significativa en las producciones de los cultivos herbáceos, recomendándose por tanto recurrir siempre a aquellas de menor coste económico.

La tercera partida en importancia en los costes variables es la aplicación de fitosanitarios, sobre todo de herbicidas, ya que, con la salvedad del uso de fungicidas en situaciones muy concretas, como puede ser el trigo en algunas zonas de Rioja Alta, son éstos los únicos productos aplicados. La reducción de su uso, al margen del cultivo ecológico, en donde están descartados por motivos obvios, implicaría un ahorro



Desde los años noventa, el trigo ha ganado protagonismo a la cebada en el campo riojano. / Raquel Cano



Los abonos son la principal partida de los costes de cultivo. / Martín Martínez

en dichos costes de aproximadamente un 10%. Este ahorro económico nada desdeñable puede suponer, en caso de recurrir al cultivo tradicional, una merma de rendimientos, tanto en cantidad de cosecha como en la calidad de la misma, que puede seguir haciendo recomendable su uso. Traducido a kilogramos de cosecha y teniendo en cuenta la cotización del trigo en campaña, la aplicación de herbicidas sería siempre justificable cuando, tras su uso, se augure un incremento de cosecha superior a 200 kg/ha.

Balance energético

La preocupación sobre la eficiencia energética en los sistemas agrarios ha ido ligada en las últimas décadas a las inquietudes generadas por las crisis en los precios de la energía que se van sucediendo con mayor o menor frecuencia desde los setenta. Al respecto, los estudios más recientes subrayan cómo la actual agricultura cerealista en secano depende intensamente del consumo de energías no renovables. Los fertilizantes consumen el 55% del total empleado, siguiéndoles el gasoil con un 35%, los

fitosanitarios con un 8% y, por último, la maquinaria con un 2%.

Estos datos vuelven a señalar al abonado como la práctica de cultivo más onerosa y, por tanto, por su mayor participación en el balance total, la que en caso de reducirse debe aportar un mayor ahorro económico.

Futuro

La vertiginosa escalada alcista que las cotizaciones de los cereales experimentaron en la campaña 2007-08 dejó pronto, ante la sorpresa de la mayoría, el paso libre a un rápido hundimiento que las llevó sin remedio hasta un nivel muy por debajo de los precios que regían este mercado antes de la llegada de este corto periodo inflacionario. Las causas de este derrumbamiento no pueden ser otras que aquellas a las que no hace mucho se les responsabilizaba de las subidas, aunque, por supuesto, actuando en sentido contrario (gráfico 8).

La teoría económica establece una correlación negativa entre las existencias de un producto y el nivel alcanzado por su precio en el mercado. En consecuencia, cuando los precios son relativamente elevados y las existencias reducidas, una mínima variación de la oferta puede producir grandes cambios en los precios. En la cosecha de 2007 se produjo esta situación: al descender las existencias hasta un nivel desconocido desde los años setenta las cotizaciones alcanzaron valores históricos. Estos bajos niveles de existencias se produjeron como resultado de una demanda muy activa que se vio obligada a enfrentarse a una oferta prácticamente estable desde finales de los años ochenta. Este casi nulo crecimiento de la oferta global es atribuido por los analistas a las limitaciones existentes en los recursos físicos, sobre todo por el agotamiento de los suelos y de las reservas de agua. En el lado opuesto, el de la demanda, se achaca al aumento de la población y al crecimiento económico de las zonas más populosas del mundo el aumento de las necesidades mundiales de cereales.

Este desequilibrio entre producción y consumo, muy apreciable desde el comienzo del presente siglo, se

acentuaría aún más gracias a la participación de algunos factores de mercado que impulsaron los precios al alza hasta niveles desconocidos. Entre ellos debemos destacar, en primer lugar, la producción de biocombustibles. Al respecto, algunos autores denuncian que si se eliminara la fracción de la demanda destinada a su obtención, la producción mundial de cereales habría superado al consumo en la última década y las existencias, consecuentemente, habrían crecido. Evidentemente, este análisis olvida la íntima relación existente entre una menor demanda y unas cotizaciones más bajas, lo que a la larga limita el interés de los agricultores por esta producción. Por otra parte, la repercusión calculada que este consumo tiene sobre los precios de los cereales en el mercado mundial varía según la fuente consultada, desde una influencia mínima hasta responsabilizarlo de un 75% de la última escalada alcista.

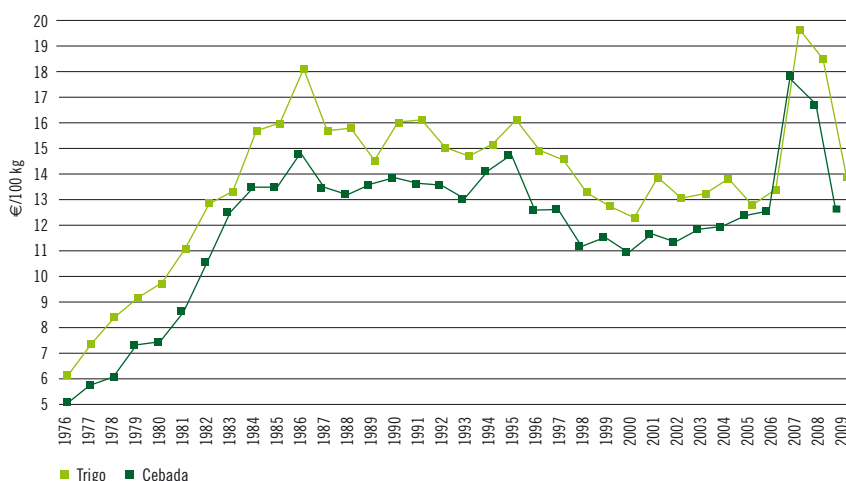
Además de las distorsiones causadas por la producción de etanol, las causas más reseñables a las que se recurre para explicar las últimas fluctuaciones en las cotizaciones son, entre otras, el descenso de las producciones mundiales causado por los episodios de sequía vividos en los últimos años en amplias zonas productoras, y las férreas medidas arancelarias impuestas por los principales países exportadores que restan elasticidad a la demanda y producen el encarecimiento de la producción.

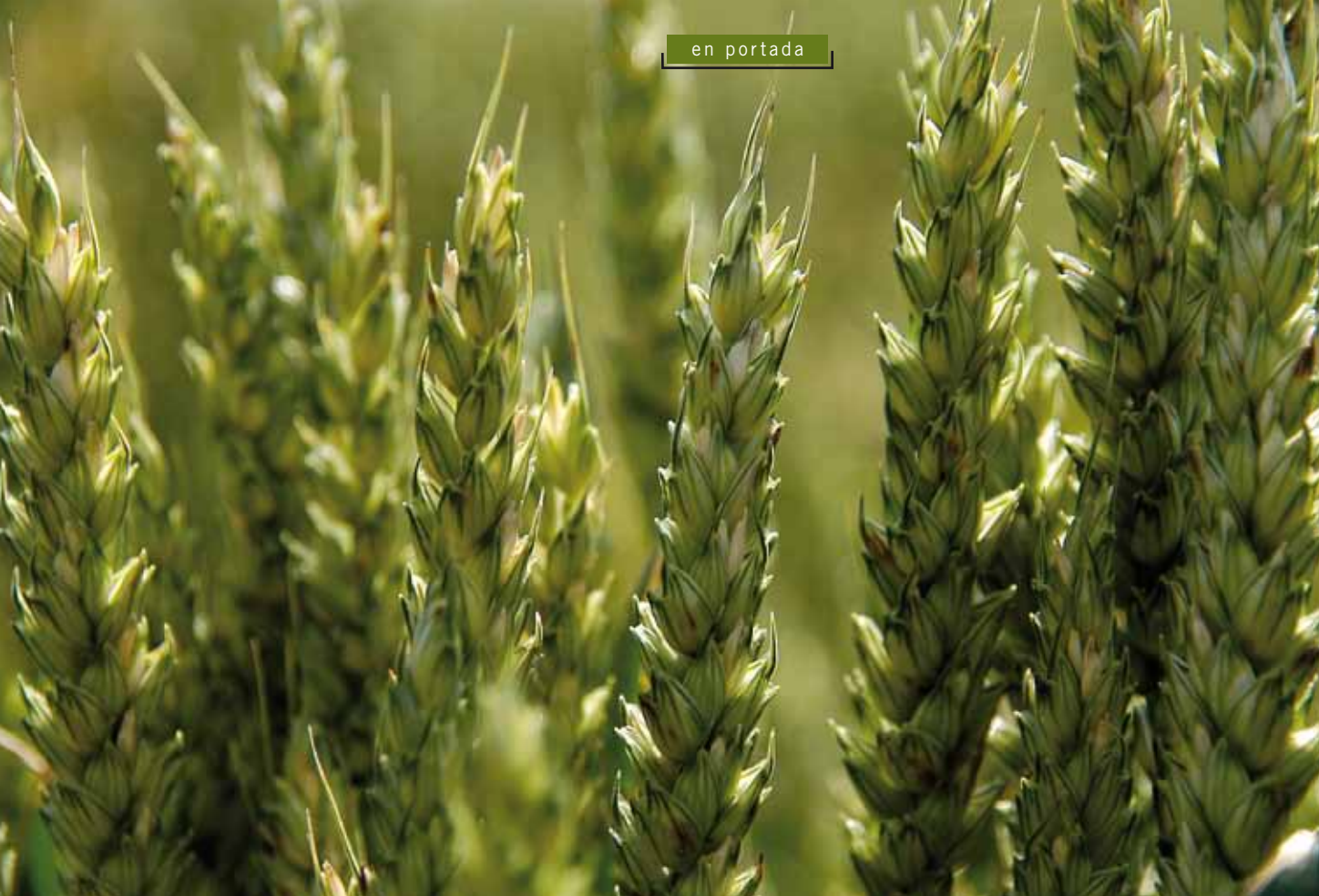
Por último, no debemos olvidar el interés creciente de los inversores financieros por los mercados de futuros y su más que posible repercusión en el precio de las materias primas agrarias. Ciertamente, la rápida evolución alcista de las cotizaciones en 2007 y su no menor rápido derrumbamiento del año siguiente apoyan los argumentos de los que denunciaron la existencia de una burbuja especulativa. Pero tampoco es menos cierto que esta rápida escalada alcista se produjo en un ambiente de desequilibrio entre producción y demanda por debajo de un nivel crítico, que a la postre multiplicaría los efectos derivados de la llegada de estos nuevos inversores financieros.



Paisaje cerealista de Rioja Alta, donde se agrupa más del 70% del cultivo. / Ch. Díez

Gráfico 8. Precios corrientes medios de trigo y cebada (euros/100 kg)





La Rioja produce el trigo de mejor calidad harinera de España. / Raquel Cano

Una vez analizada la coyuntura actual de mercado, necesitamos para intentar adivinar la evolución de las cotizaciones a corto y medio plazo enfrentar la demanda mundial esperada de cereales con sus producciones.

Con respecto al consumo global de cereales, es de destacar que, a juicio de los agentes del sector, éste se halla muy ligado a corto plazo, además de a la evolución de la demanda de grano para usos bioenergéticos, al nivel de desarrollo económico que alcancen los países de economías emergentes.

Las últimas estimaciones indican la necesidad de multiplicar por dos la producción actual de alimentos si se quiere nutrir correctamente en 2050 a todos los seres humanos. Esto hace necesario lograr una mayor producción agrícola, que sólo podrá obtenerse mediante el cultivo de nuevas tierras o a través del incremento de los rendimientos actuales.

Con respecto a la roturación de nuevas tierras, se observa desde hace poco tiempo cómo algunos países se han lanzado a la adquisición de territorio en naciones poco desarrolladas para asegurarse un suministro constante a medio plazo. Esta incipiente tendencia puede anular algunas predicciones que se ba-

san en condicionantes ecológicos para despreciar la posibilidad de un gran aumento de las tierras de cultivo a escala mundial. El segundo aspecto que puede lograr que las producciones aumenten es el crecimiento de los rendimientos gracias a los avances de la biotecnología. Ambas circunstancias –contar con más tierra cultivada y con cultivos de mayor rendimiento– pueden lograr de nuevo que la producción de alimentos supere al crecimiento casi exponencial que las necesidades de la población humana van a plantear.

Otro aspecto que no debería olvidarse por su evidente repercusión en las producciones es la incidencia que el cambio climático puede acarrear en la agricultura. Al respecto, se espera un incremento de los fenómenos meteorológicos extremos y, en consecuencia, de sus efectos negativos sobre la producción, aunque esta repercusión se espera más profunda a escala local que mundial, y nunca se contemplan a corto plazo grandes variaciones en el balance total debido a estos fenómenos.

Atendiendo a todo lo expuesto, se prevé a medio plazo, y siempre a pesar de las muchas incertidumbres que genera un mercado que exhibe en sus cotizaciones una gran volatilidad, un

moderado crecimiento de los precios sobre su nivel actual, aunque sin alcanzar la cota a la que llegaron en 2008. También se aventura que se produzcan unas fluctuaciones mucho más amplias y frecuentes que en el pasado, gracias al incremento de esta volatilidad.

Limitándonos a la Unión Europea, donde el crecimiento poblacional en este periodo se prevé casi nulo, sólo el aumento de la bioenergía puede justificar el crecimiento de la demanda de cereales. Por el contrario, su producción se prevé, a medio y largo plazo, por debajo de la actual, a causa sobre todo del aumento de la superficie ocupada por las oleaginosas. Esto puede hacer que la UE deje de ser exportadora para convertirse en una importadora neta de granos. Para evitarlo sería necesario que su producción actual aumentara un 20% hasta 2015 o, lo que es lo mismo, que los rendimientos, considerando la superficie estable, crecieran hasta ese año a un ritmo del 1,8% anual.

Otro aspecto muy importante, que debido a su íntima relación con la renta agraria es merecedor de atención, es el de las subvenciones percibidas por los productores europeos. Estos pagos, que en los últimos años han conseguido estabilizar la renta de los agricultores

más eficazmente que los mecanismos reguladores de precios, se encontrarán totalmente desligados de la producción a partir del próximo año, aunque seguirán aplicándose al menos hasta 2013. Como, además, las medidas de intervención de la producción se encuentran muy restringidas es más que probable que el mercado interior de la UE muestre mayores y más profundas fluctuaciones a corto y medio plazo.

En lo que se refiere a España, debemos destacar que nuestro país es, desde la pasada década de los noventa, claramente deficitario en cereales, siendo esta carencia más acusada en el trigo blando, del que importamos aproximadamente un 60% del consumo total. Esta deficiencia neta de grano obligará a la industria española de los biocombustibles a recurrir al grano de importación o a las denominadas materias primas de segunda generación para cumplir con sus compromisos.

Una vez analizado el marco en el que el cultivo de los cereales va a estar obligado a desenvolverse a corto y medio plazo, conviene detenerse en los efectos que estos condicionantes pueden traer hasta nuestros campos.

Examinando la situación actual del cultivo de los cereales de invierno queda de manifiesto que La Rioja es principalmente una zona productora de trigo de elevada calidad harinera, tal y como lo pone de manifiesto la Encuesta de calidad de los trigos españoles, en la que el trigo riojano se sitúa año tras año, casi invariablemente, como el de mayor calidad de entre los cultivados en España.

Este diferencial positivo de calidad, sumado a un rendimiento medio que para Rioja Alta –con casi el 90% de la superficie total regional– resulta ser muy superior a la media nacional (4.730 kg/ha frente a 3.290 kg/ha), parecen asegurar su cultivo en esta comarca, aunque siempre bajo una rentabilidad encorsetada por las cotizaciones del grano y por la evolución casi siempre imprevisible de los precios de los medios de producción. No se debe pasar por alto que esta mayor calidad debe también llevar aparejada una mayor remuneración y, en consecuencia, bajo una coyuntura de precios



Tras la espectacular subida de 2007, los precios del cereal han vuelto a hundirse. / Raquel Cano

bajos, debería aumentar el interés de los labradores por lograr un trigo de la mayor calidad panadera posible. Esto, que puede lograrse mediante unas prácticas culturales adecuadas, puede llevar asociado un aumento de los costes de producción, derivados de una mayor utilización del abonado de cobertera y de una intensificación de la lucha contra malas hierbas resistentes y enfermedades, que hoy ya constituyen más de un 50% de los gastos totales. Para limitar este gasto se debe racionalizar al máximo el abonado de fondo, buscando conservar la fertilidad de los suelos mediante un adecuado manejo de la materia orgánica y de las labores y rotaciones de cultivo, disminuyendo su importancia económica.

La supresión del abonado químico en el cultivo ecológico anula la partida económicamente más importante de los gastos, como es la de la fertilización. Esto hace que incluso en Rioja Media y Baja, en donde el cultivo convencional se encuentra por debajo de los niveles de rentabilidad mínimos exigibles, la viabilidad económica se recupere, incluso, tras aplicar unos rendimientos reducidos en un 35% con respecto a la media obtenida por el cultivo convencional en los últimos diez años. Como, además, la agronomía permite desarrollar aún más las técnicas de mínimo laboreo, la partida de los carburantes también disminuiría y, en consecuencia, a pesar

de una menor producción, se lograrían mayores beneficios económicos. Esta adaptación agronómica de los secanos más orientados a las técnicas de la agricultura ecológica, además de exigir un periodo de adaptación relativamente prolongado, exige también de la mentalización de los productores, aunque indudablemente resulta –bajo los condicionantes actuales de mercado– una salida válida para el mantenimiento de los cereales de invierno en estas zonas.

Bajo estas circunstancias, el cultivo de los cereales en La Rioja deberá luchar contra una rentabilidad que de cara a un futuro próximo deberá ser puesta continuamente en entredicho. En Rioja Alta, cuya vocación productiva es la del trigo harinero de alta calidad, al margen de las fluctuaciones que producen las condiciones meteorológicas o circunstancias coyunturales impredecibles, se espera un sostenimiento de la superficie cultivada de cereales; aunque, debido a la necesidad de contar con cultivos alternativos, podría descender en beneficio de las oleaginosas.

En Rioja Media y Baja, con una participación porcentual cada vez menor, estimamos también un sostenimiento de la superficie cerealista, aunque posiblemente la obligación de disminuir los costes de producción puede llevar en algunas situaciones a plantear un cultivo ecológico.